

III DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B

Jesús expulsa del Templo a los mercaderes



MONICIÓN DE ENTRADA

Nuestro camino cuaresmal es un tiempo para profundizar en nuestra fe, para reflexionar sobre nuestra vida y la vida de tantas personas que caminan con nosotros hacia la libertad, donada por Dios, aunque muchas personas no lo sepan ni lo sientan.

Sabemos que es necesario parar de vez en cuando, descansar de nuestros

afanes y ponernos a la escucha del Padre.

Descansar en los brazos del Padre que nos ama es gozar de su Palabra y compartir el Evangelio de Jesús, que nos reúne un domingo más para darnos vida.

RITO PENITENCIAL

Reconozcámonos humildemente como pecadores, acerquémonos al Dios justo y pidámosle que tenga piedad de nosotros...

—Tú, que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: *Señor, ten piedad.*

—Tú, que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: *Cristo, ten piedad.*

—Tú, que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos para la justicia: *Señor, ten piedad.*

Ten misericordia de nosotros, Señor, sal a nuestro encuentro con tu amor que perdona y llévanos a la vida eterna.

LECTURAS

Lectura del libro del Éxodo 20, 1-17

Sal 18, 8. 9. 10. 11 (l.: Jn 6, 68)

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios I, 22-25

Lectura del santo evangelio según san Juan 2, 13-25

MONICIÓN ANTES DE LA COLECTA

El Señor no nos pide «cumplimientos», sino autenticidad. Y nos ama, nos perdona, confía en nosotros y nos espera. Como el Señor es generoso con nosotros, con nuestras pobreza y con nuestras debilidades, seamos también nosotros generosos en esta colecta, que una vez más será destinada a la labor de Cáritas, con las personas y familias que llaman a nuestra puerta pidiéndonos ayuda.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Pedimos al Padre su misericordia ante nuestras debilidades y las necesidades que nos acechan. Pues el Señor no quiere nuestro mal, sino que nos convirtamos y vivamos:

—Por la Iglesia: para que con sus actuaciones liberadoras y de servicio demuestre que adora a Dios en espíritu y en verdad. Oremos.

—Por los que luchan por la paz y la justicia: para que sus esfuerzos no queden baldíos. Oremos.

—Por todas las personas a las que hacemos sufrir con nuestros pecados y nuestras injusticias, para que su grito de dolor sea atendido. Oremos.

—Por los que se declaran cristianos públicamente y están en los puestos donde se toman las decisiones políticas, para que siempre actúen como Dios nos pide: defendiendo la vida, la justicia y la paz. Oremos.

—Por todas las personas que trabajan en los servicios de emergencia, sanitarios, sociales y educativos: para que no desfallezcan y sientan el apoyo de toda la sociedad. Oremos.

—Por todos y cada uno de nosotros: para que sepamos dar a Dios el culto que Él quiere, con una vida entregada y de servicio. Oremos.

Dios de bondad, escucha nuestras súplicas, que esperamos alcanzar por medio de la pasión de tu Hijo, Nuestro Señor Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos.

REFLEXIÓN

En este pasaje del Evangelio que hemos escuchado, hay dos cosas que me impresionan: una imagen y una palabra.

La imagen es la de Jesús con el látigo en la mano que echa fuera a todos los que aprovechaban el Templo para hacer negocios. Estos comerciantes que vendían los animales para los sacrificios, cambiaban las monedas... Estaba lo sagrado —el templo, sagrado— y esto sucio, afuera. Esta es la imagen. Y Jesús toma el látigo y procede, para limpiar un poco el Templo.

Y la frase, la palabra, está ahí donde se dice que mucha gente creía en Él, una frase terrible: «Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque Él sabía lo que hay dentro de cada hombre» (Jn 2, 24-25).

Nosotros no podemos engañar a Jesús: Él nos conoce por dentro. No se fiaba. Él, Jesús, no se fiaba. Y esta puede ser una buena pregunta en la mitad de la Cuaresma: ¿Puede fiarse Jesús de mí? ¿Puede fiarse Jesús de mí, o tengo una doble cara? ¿Me presento como católico, como uno cercano a la Iglesia, y luego vivo como un pagano? «Pero Jesús no lo sabe, nadie va a contárselo». Él lo sabe. «Él no tenía necesidad de que alguien diese testimonio; Él, en efecto, conocía lo que había en el hombre». Jesús conoce todo lo que está dentro de nuestro corazón: no podemos engañar a Jesús. No podemos, ante Él, aparentar ser santos, y cerrar los ojos, actuar así, y luego llevar una vida que no es la que Él quiere. Y Él lo sabe. Y todos sabemos el nombre que Jesús daba a estos con doble cara: hipócritas.

Nos hará bien, hoy, entrar en nuestro corazón y mirar a Jesús. Decirle: «Señor, mira, hay cosas buenas, pero también hay cosas no buenas. Jesús, ¿te fías de mí? Soy pecador...». Esto no asusta a Jesús. Si tú le dices: «Soy un pecador», no se asusta. Lo que a Él lo aleja es la doble cara: mostrarse justo para cubrir el pecado oculto. «Pero yo voy a la iglesia, todos los domingos, y yo...». Sí, podemos decir todo esto. Pero si tu corazón no es justo, si tú no vives la justicia, si tú no amas a los que necesitan amor, si tú no vives según el espíritu de las bienaventuranzas, no

eres católico. Eres hipócrita. Primero: ¿Puede Jesús fiarse de mí? En la oración, preguntémosle: Señor, ¿Tú te fías de mí?

Segundo, el gesto. Cuando entramos en nuestro corazón, encontramos cosas que no funcionan, que no están bien, como Jesús encontró en el Templo esa suciedad del comercio, de los vendedores. También dentro de nosotros hay suciedad, hay pecados de egoísmo, de soberbia, de orgullo, de codicia, de envidia, de celos... ¡tantos pecados! Podemos incluso continuar el diálogo con Jesús: «Jesús, ¿Tú te fías de mí? Yo quiero que Tú te fíes de mí. Entonces te abro la puerta y tú limpia mi alma». Y pedir al Señor que así como limpió el Templo, venga a limpiar el alma. E imaginamos que Él viene con un látigo de cuerdas... No, con eso no limpia el alma. ¿Vosotros sabéis cuál es el látigo de Jesús para limpiar nuestra alma? La misericordia. Abrid el corazón a la misericordia de Jesús. Decid: «Jesús, mira cuánta suciedad. Ven, limpia. Limpia con tu misericordia, con tus palabras dulces; limpia con tus caricias». Y si abrimos nuestro corazón a la misericordia de Jesús, para que limpie nuestro corazón, nuestra alma, Jesús se fiará de nosotros.

(Francisco, visita pastoral a la parroquia romana de Santa María Madre del Redentor, 8-3-2015)